



## XXVII

### LUZ Y TINIEBLAS

**L**o que tenía que suceder, sucedió. Tomás Quicanes llegó un día, el cuarto después de la boda de Pilara, á la casa de Robleces. Aquella visita era la segunda que hacía á Inés desde que ésta había hablado con don Alejo en el portal de la iglesia: salía la pobre enamorada á visita por semana. ¡Bien se las iba escatimando el muy desagradecido! Desagradecido precisamente, no; porque si en lo del misterio seguía tan reservado como la primera vez, en lo demás bien dulce, bien expresivo y bien amoroso se mostraba con ella; pero por aquellas inquietudes, por aquel disgusto continuo tan mal disimulado, por aquellas extrañas comezones, y últimamente por aquellas largas ausencias, testimonios visibles de una conciencia intranquila y recelosa, que no eran cosa buena, algún nombre malo merecía.

De esta traza fueron los pensamientos de Inés, cuando aquel día vió entrar en la corralada al hombre que tan buenos y tan malos ratos la hacía pasar. Le pareció más desmejorado que la última vez que le había visto; pero, en cambio, notó que venía con aire más resuelto.

Por si esto era señal de traer algo nuevo que decirla, le esperó en la solana. Y á la solana se encaminó él derechamente, como si fuera cosa convenida entre los dos.

Realmente estaba algo desencajado de semblante, y parecía muy animoso y decidido; mas no para cosa buena, porque su mirar, aunque valiente, era triste; y en su voz, de ordinario tan sonora y agradable, había notas ásperas y desacordes.

Sentáronse los dos, y él habló poco, lo menos que pudo, de cosas sin importancia para ninguno de ellos. En seguida dijo á Inés, abordando, como de un salto á ojos cerrados, la conversación que iba dispuesto á entablar con ella:

—No necesito preguntarte, porque demasiado á la vista está, lo que te dará que pensar y que sufrir la extraña conducta que observo contigo, desde que en este mismo sitio que ocupamos ahora, al confiarte los sentimientos que, como por encanto, me habías infundido, me descubriste el fondo de tu alma candorosa y noble, donde me ví ocupando un lugar que yo

no merecía. Sobre esto quiero y necesito hablarte, y á eso vengo hoy.

Sintió Inés un hormigueo, frío y cosquilloso al mismo tiempo, que de pronto la invadió de pies á cabeza. Aquello que se la decía era lo mismo que coger la punta del velo para levantarle en seguida y descubrir el misterio mortificador. El temor á la verdad, tras de aquellos preliminares tan sospechosos, comenzaba á espantarla.

Conocióselo el indiano, que no apartaba sus ojos de los de ella; y por martirizarla menos con preparativos ociosos y con atenuaciones inútiles, de otro salto, más á ciegas aún que el anterior, se coló dentro del asunto.

—Escúchame, Inés—la dijo;—y después que me hayas oído, escúpeme, apedréame, arrójame de tu casa, maldíceme... Todo menos esta violencia bochornosa en que vivo, y las angustias que te hago pasar á tí... He estado engañándote inicuaamente.

—¡Virgen María!—exclamó al oirlo la candorosa Inés, pálida como la cera, sin voz apenas y temblando como una hoja.

—Te juro—continuó el otro, resuelto á todo ya,—que si hubiera robado ó matado, me costaría menos violencia, en este mismo caso, confesarte esos crímenes, que decirte lo que soy en verdad y lo que he hecho.

Inés, en un impulso instintivo de repugnancia, apartó su silla un buen trecho de la que ocupaba el indiano, y al mismo tiempo le preguntó, mirándole con el asombro y el miedo pintados en sus ojos:

—Pero ¿quién eres entonces?... ¿De dónde has venido?

—Es cierto—la respondió el interpelado, sin quejarse de aquellas manifestaciones de Inés, —que soy Tomás Quicanes, el pobre muchacho de Nubloso embarcado de limosna para América, por su tío el Mayorazgo de Robleces, con el cual viví mucho tiempo en esta misma casa; cierto lo que os conté de mis afanes de veinte años para adquirir dos caudales, el uno de dinero y el otro de instrucción y de cultura; cierto lo de mis viajes, unas veces por la pasión de viajar, y otras por parecerme que la conveniencia de mis negocios me lo pedía; cierto, certísimo, Inés, que lo mismo en la quietud de mi casa que viajando, no se apartaba de mi memoria el dulce recuerdo de la patria querida, con sus campos fragantes y sus montañas altivas, sus risueñas aldeas y sus huertucos floridos; ciertas las impresiones conmovedoras que os dije haber sentido al desperdarse los recuerdos de mi niñez en la iglesia de Robleces y bajo los techos de esta casa; ciertas también las ansias que te pinté, de mi

corazón, libre hasta entonces, como el aire y la luz que nos envuelven ahora, por llenar en esta suspirada tierra el vacío que no llenó en otras muy lejanas; y cierto, en fin, el juramento que te hice aquí mismo, y ahora quiero repetirte, poniendo otra vez por testigo á Dios, de haber llenado tú sola ese vacío... Todo esto es cierto, Inés.

—Pues si todo eso es cierto—exclamó Inés, que escuchaba anhelante y parecía ir reviviendo á medida que el otro hablaba,—¿cuál es el pecado por que mereces que yo te apedree?

—Pero yo vine á este pueblo...—añadió Tomás Quicanes, pidiendo á Inés con un ademán y una mirada suplicante, que le permitiera continuar;—yo vine á este pueblo y me presenté en esta casa haciendo una ostentación ridícula... infame, de una riqueza que no tenía, que no tengo... Y en esto engañé al pueblo entero, lo que es una bambollada jandalesca é imperdonable; á tu padre, y esto ya es una maldad; y á tí, sobre todo, Inés; á tí, que si eres incapaz de haberme querido pensando en los caudales con que me suponías, en cambio es imposible que puedas mirar con buenos ojos al hombre que se mete en el pueblo y en tu casa por la puerta de un embuste semejante.

Se engañaba grandemente el indiano *engañador* en el supuesto; porque Inés, apenas

cesó él de hablar, arrastrando un poco la silla hacia la otra, y revelando en lo animoso de su mirada el peso que se le iba quitando del corazón, le dijo:

—¡Y ese es el pecado por que merecías ser escupido y apedreado por mí?

—Déjame llegar más adelante con la cruz— respondió el otro sonriendo muy forzadamente.—Si sólo se tratara aquí de un juego más ó menos lícito y corriente, con decirte eso solo, ó con no decirte palabra y no volver á poner los pies en esta casa, hubiera yo salido del apuro; pero yo tengo puesto en este lance algo más que el empeño vanidoso, ya logrado, de llegar á oír de una boca como la tuya que soy amado de mujer que tanto vale; y no pudiendo callar, ni huir, ni continuar adelante en esta actitud insostenible, al confesarte el delito necesito exponerte también sus circunstancias, para que no caigas en la sospecha de que trato de engañarte con otra farsa mayor y más abominable.

Se nubló un poquito con esto la naciente alegría de Inés, pero no decayeron sus buenos ánimos. El otro continuó de esta manera:

—Me ví en América, á la edad que tengo, es decir, en el descenso ya de la juventud, desalentado para los negocios y sin esperanzas de hacerme rico por aquel camino. Con haber ga-

nado mucho y bien honradamente, y sin un solo vicio dispendioso de que tenga que arrepentirme, cuando más aborrecibles se me hicieron aquel trabajo y aquel clima y aquellas costumbres, y con mayores fuerzas me tiraba la pasión de la patria nativa, me hallé con un puñado de oro por todo caudal ahorrado: lo preciso para vivir aquí cuatro ó seis años de caballero pudiente, después de hacer una excursión de despedida por determinados países de Europa. No sé si pasó por mi imaginación la posibilidad, bien acariciada y entrevista, de un casamiento ventajoso por acá, ó si fué sólo una idea volandera que cayó en el platillo de los cálculos risueños que yo me hacía, como contrapeso para inclinar la balanza del lado de mis preferencias. El hecho es que liquidé mis negocios; que tomé el puñado de oro de mis únicas ganancias positivas; que vine á España con los rodeos proyectados allá, y que llegué á Nubloso en la ocasión que os referí. Apenas hué llegado, oí hablar de los caudales de tu padre, de ciertas *cosas* tuyas, y de tus hermosas prendas personales... Y aquí entra lo negro y lo hediondo del asunto: oyendo estos relatos, tentóme el demonio; un demonio especial que debe de haber, tentador de la canalla y de los hombres que se hallan muy propensos á encanallarse; tentóme, digo, un demonio así; y

pensada y deliberadamente, á ciencia y conciencia de lo que hacía, me vestí de indiano de pacotilla, rico y estrepitoso; me llené de batisa almidonada, de colgajos y relumbrones, de paños finos y relucientes, y de perfumes de mucho alcance; y eligiendo, premeditadamente también, el día del santo patrono de este pueblo y el presbiterio de la iglesia, para que siendo el concurso más abundante resultara la exhibición más señalada, vine y plantéme donde me viste, en la persuasión bien fundada de que, entre estas gentes sencillas, cuanto mayor fuera mi estruendo, mayor sería su admiración... y la tuya por consiguiente. Y perdóname el agravio que entonces te inferí con el supuesto, por no tener cabal idea de lo que eres. Que no faltarías á la misa en fiesta tan solemne, no podía dudar yo, ni tampoco que me sería fácil hallarte con los ojos entre un concurso de toscos labradores, para ayudar con la mirada á la obra que yo me prometía de mi equipaje ostentoso. De manera, Inés, que persiguiendo estos fines innobles, me planté aquel día en el altar mayor, y sacaba el reló tan á menudo, y me movía de manera que brillaran en todo su esplendor las tapas y la cadena de oro, y las piedras de mis anillos y botones, y te miraba á cada instante después que te descubrí entre la muchedumbre; farsa fué igualmente mi inme-

diata visita á vosotros, en la que, de propio intento también, estuve estrepitosamente locuaz y charramente cortés: farsa, y farsa innoble y grosera, la del pretexto que alegué de la compra de la casa, para tener por mucho tiempo abiertas las puertas de ella; farsa ciertas exageraciones de efecto en la relación que hice en la mesa, de mis viajes; farsa, y farsa no ya grosera, sino infame, las insinuaciones pérfidas sobre capitales míos depositados en los más famosos bancos del mundo; y farsa sostenida ya á aquellas horas, no sólo por el propósito concebido en Nubloso, sino por el estímulo de tu belleza, que me estaba llamando grandemente la atención.

Hablando contigo en la romería por la tarde, este interés fué creciendo extraordinariamente; y cuando tratamos del caso del huertuco pobre y la rosa colorada, y, sobre todo, cuando vine á continuarle aquí, ya no podía decidir yo si me empujaba el empeño de triunfar en la innoble empresa acometida, ó la curiosidad desinteresada de ver lo que se descubría escarbando en tus pensamientos. Pero aún no me remordía la conciencia; aún me tenía cegado el demonio para que no viera lo bajo y lo abominable del empeño en que estaba metido. Esto me lo reservaba Dios para que lo sintiera de un golpe súbito y tremendo, en el instante en que, des-

pués de aclararte yo aquí, en este mismo sitio, á tu lado, contemplándote y sintiéndote y observándote á mi gusto, sensación por sensación y latido por latido, lo que te faltaba conocer del cuento comenzado en la romería, ví tu alma, cándida y pura como los ampos de la nieve. Ese fué el espejo, Inés, que Dios me puso delante de los ojos para que se reflejara en él cuanto había de miserable en mi proceder de canalla. Y tanto me avergonzó el espectáculo, que, te lo juro, en aquel instante deseaba haberme equivocado en lo que había leído en el elocuente silencio con que me respondiste. Me hubiera dolido el desengaño; pero era mucho más doloroso lo que temía y ha sucedido ya: que á medida que fuera conociéndote, había de ir avivándose mi llama y cerrándose la salida del conflicto en que me veo. Vil y atormentado callando, aunque posible me fuera callar, y despreciable á tus ojos refiriéndote abochornado lo que me acabas de oír... Porque, por más vueltas que á mi pecado se dé, no hay modo de tapar lo que tiene de canallesco, de ridículo, de chocarrero y de mal gusto... En fin, que me parece menos aborrecible que yo, el hombre que da á otro una puñalada para robarle una onza. Aquí, cuando menos, hay el mérito de arriesgar la vida.

Otra equivocación de juicio de Tomás Qui-

canes: Inés, en lugar de apedrearle y de escupirle después de escucharle el relato, se rió de él con las mejores ganas.

—¡Y por esa bobería—exclamó al mismo tiempo, llena su hermosa faz de regocijo,—me has hecho pasar lo que yo he estado pasando!

—¡Bobería?—repitió el otro, asombrado.

—Bobería, sí—insistió Inés.—¿Qué quieres! Cada uno tiene su modo de ver las cosas: yo veo esas tuyas así.

—No es posible, Inés—replicó el otro, no muy satisfecho con aquellas anchuras de manga en puntos tan delicados, á su entender.—No es posible que con tu buen entendimiento desconozcas...

—Yo no sé—le interrumpió Inés muy decidida,—si mi entendimiento es bueno ó es malo: lo que sé es que, arreglando acá dentro, á mi modo, todas esas cosas que me has contado, no solamente te las perdono, sino que hasta me alegro de que hayan sucedido.

—¡De que hayan sucedido?

—Sí. ¿Pues no es el apuro en que te has visto la mejor señal del chasco que te llevaste en la burla que querías hacer de mí? ¿No fué chasco el parecerse, cuando menos lo esperabas, que valía yo, por mí sola, mucho más que el dinero que tenía? ¿No te remordió entonces la conciencia por haber querido en-

gañarme? Pues ¿qué más puedo pedir yo para probar la buena ley de ese cariño que me tienes, ni cómo, después de haberte escuchado, puedo dejar de quererte... mucho más de lo que te quería?

Quicanes recibía aquellas generosas declaraciones, como suave rocío que le refrigeraba la vida; pero esos refrigerantes tan gustosos, no alcanzaban con su benéfico influjo á la seca é inaccesible región de sus pensamientos, donde mandaba la lógica inexorable, con una altivez de gran señora. Se empeñó en demostrar á Inés, con nuevas razones, el sólido fundamento que tenían sus escrúpulos, ya incurables.

—Si á escrúpulos fuéramos—llegó á decirle Inés de muy buen humor,—empezaría yo por pintarte los míos, y no acabaríamos nunca.

—¡Escrúpulos tú!

—Y allá va uno de muestra, y de la misma casta que otro tuyo—repuso Inés con gran donaire.—Me has creído rica, y tampoco lo soy. Á cada instante me lo está diciendo mi padre, que debe saberlo bien.

—¡Ojalá fuera verdad eso, Inés!—exclamó arrebatado el de Nubloso.—Con lo que tengo, que es poco para vivir de caballero, habría lo suficiente para adquirir aquí la hacienda de un labrador acomodado... Esto lo resolvería todo,

y me abriría una brecha en el encierro sin salida que...

Y no dijo más; porque le cortó la palabra, y hasta la respiración, un tremendo golpetazo en el suelo, que hizo salir nubes de polvo por las rendijas de las tablas.

Le había dado don Baltasar, que se apareció en la solana de repente, con el cabo de un rastrillón que llevaba en la mano derecha. Mientras con la izquierda hacía una señal de llamada á Tomás Quicanes, le dijo:

—Una palabra, caballero.

Levantóse Quicanes al punto, y se acercó á don Baltasar que le introdujo en la sala. Inés, helada de susto y latiéndole el corazón aceleradamente, también se levantó, pero sin saber para qué.

—He resuelto—dijo el Berrugo arrimándose mucho á Quicanes, pero de costado y sin mirarle á la cara,—no venderle á usted la casa; entre otras razones, por no ponerle en el negro apuro de no podérmela pagar. Y como este asunto era el único que había pendiente entre los dos, y aquí no puede haber otros asuntos que los míos, nada tiene usted ya que hacer aquí desde este instante y por todos los días de su vida... ¿Queda usted enterado?

El pobre Tomás Quicanes se ahogaba bajo el peso de aquel cinismo con que se le despe-

día, y sin atreverse á responder una palabra; porque, en el fondo, aquel hombre grosero tenía mucha razón para tratarle como le trataba. Intentó, no obstante, alegar algunas excusas.

—Aquí no hay disculpas ni reflexiones que valgan—le interrumpió el Berrugo dando un rastrillazo en el suelo.—Á todo tirar, una sola: el comprobante, bien claro, de que tiene usted todos esos caudalazos que aparenta. ¿Le tiene usted?... Esa agachada de cabeza es la mejor confirmación de lo que yo me sabía... Pues lo dicho, y á la calle; y agradézcame que me conforme con esto poco y no le diga todo lo que siento, por considerar que no ha sido la culpa de usted solo.

Y hablando y empujándole y sin querer oírle una palabra, le llevó hasta la escalera, desde donde volvió á la sala á todo andar. Inés, que lo había oído todo, se hallaba, temblando y descolorida, á la puerta del balcón.

—Óyeme tú ahora, gatuca mansa—la dijo su padre llevándola de un brazo hasta el medio de la sala:—¿sabías tú que ese granuja no tiene sobre qué caerse muerto?

—Cuando usted entró en el balcón—respondió tiritando Inés,—estábamos hablando de eso.

—¿De que no tenía un cuarto?

—De los pocos que tiene, y de los bochornos que ha pasado por querer aparentar otra cosa.

—¡Y tenía desvergüenza para irte á tí con esas coplas? ¡Ah, tunante! ¿De modo que tú le llenarías los oídos de insolencias?

—No, señor,—respondió Inés bajando la cabeza, pero con acento firme.

—Y puede que hayas sido capaz hasta de perdonarle la gracia... si es que no se la has ponderado también.

—Sí, señor,—volvió á responder Inés, con igual firmeza y la misma actitud que antes.

—¡Alma de los demonios!—exclamó entonces su padre, punzándola con su mirada de saeta.—Pero ¿qué sangre es la tuya? ¿Á quién sales? ¡Digo!... á los blandengues de San Martín de la Barra... ¡Mal rayo para la casta esa!... Pues vas á ver ahora quién te perdona á tí, corazón de palomita blanca... Porque yo soy ya perro viejo, y con los ojos cerrados sé por dónde va el aire de ciertos fregados de mala jeta, entre lobos corridos y corderillas sin hiel...

Se acercó á la puerta del carrojo, y llamó desde allí á Romana. Y vino la Galusa, que, por lo pronto que llegó, debía de estar bien cerca. ¡Y qué resplandeciente de iras satisfechas traía la cara de merluza podrida! En cuanto su amo la vió entrar, la dijo:

—Ese pillete de Nubloso, á quien acabo de plantar en la calleja, se ha dejado aquí algo que puede ser cebo que le tienta á volver... so-

bre todo, si hay quien se le meta á menudo por los ojos. De tu cuenta corre, desde ahora mismo, que eso no suceda; y para que no te excuses, en una falta, con no tener atribuciones bastantes, da por recibidas todas las que necesitas... Y no hay que hablar más, porque de antiguo nos conocemos. Y ahora, escucha tú —añadió dirigiéndose á su hija:— hazte la cuenta, y no te equivocarás, de que estás encarcelada, y que ésta—señalando á la Galusa,—ha de ser tu carcelera... ¡Ni á misa los domingos! ¡Ni á que te dé siquiera el aire de la solana!

La infeliz creyó morir de espanto y de indignación; y á tal punto llegó ésta, que la dió fuerzas y valor bastantes para responder á su padre:

—Pues si esa mujer ha de ser mi carcelera, busque usted otra que me guarde de su sobriño... y de ella misma, que le ayuda.

—¡Falso, embusterona!—chilló iracunda la criada.

El Berrugo pareció sorprenderse con la advertencia de su hija; pero en seguida se encogió de hombros y respondió cínica y friamente:

—¡Bah! De las uñas de esos dos enemigos, ya te guardará el aborrecimiento que los tienes.

Y se largó de allí chasqueando los dedos de la mano izquierda y arrastrando el cabo del rastrillo con la derecha. La Galusa, después de

echar á Inés una mirada que era un látigo empapado en vinagre, se largó también.

La desdichada Inés fué la única que se quedó allí: fría, espantada, sin alientos para moverse, ni lágrimas en sus ojos para desahogar las angustias que no la cabían en el pecho.

